





Antonio Chicharro Chamorro (ed.)

José María Pozuelo Yvancos

Antonio Sánchez Trigueros

Ricardo Senabre

**PERIODISMO Y CRÍTICA LITERARIA, HOY  
(ESBOZO DE UNA SITUACIÓN)**

**PERIODISMO Y CRÍTICA LITERARIA,  
HOY  
(ESBOZO DE UNA SITUACIÓN)**

**CUADERNOS DE COMUNICACIÓN, 14**

GRUPO DE INVESTIGACIÓN EN TEORÍA  
Y TECNOLOGÍA DE LA COMUNICACIÓN

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

EDICIONES ALFAR, S.A.

Sevilla, 1996

PERIODISMO Y CRÍTICA LITERARIA, HOY  
(ESBOZO DE UNA SITUACIÓN)

Antonio Chicharro Chamorro (ed.)  
José María Pozuelo Yvancos  
Antonio Sánchez Trigueros  
Ricardo Senabre  
Darío Villanueva  
Sultana Wahnón

**PERIODISMO Y CRÍTICA LITERARIA,  
HOY  
(ESBOZO DE UNA SITUACIÓN)**

**CUADERNOS DE COMUNICACIÓN, 14**

**GRUPO DE INVESTIGACIÓN EN TEORÍA  
Y TECNOLOGÍA DE LA COMUNICACIÓN**

**UNIVERSIDAD DE SEVILLA**

**EDICIONES ALFAR, S.A.**

Sevilla, 1996

**Cuadernos de Comunicación, 14**

Director de la Colección: Manuel Ángel Vázquez Medel

© Antonio Chicharro Chamorro (ed.)

© Ediciones Alfar, S.A.

P.I. "La Chaparrilla", parc. 36

Ctra. Sevilla-Málaga, km. 3

41016 Sevilla

Fotocomposición y maquetación: Equipo Alfar

I.S.B.N: 84-7898-112-8

Dep. Leg.: 315 - 96

Imprime: J. de Haro - Sevilla

## INTRODUCCIÓN

*Para don Francisco Ayala*

Tras muchas lecturas de artículos críticos y de críticas sobre la crítica, con objeto de la preparación de un libro bibliográfico<sup>1</sup>, y tras la experiencia vivida en directo contacto con una situación histórica de nefastos perfiles mercantilistas; de inaceptable descrédito de las humanidades en consecuencia y de alta concentración cuasi-monopolista de los medios de comunicación, pude tomar conciencia del especial momento en que se encontraba, y encuentra, el discurso de la crítica inmediata en nuestro país. Por esta razón, pensé en la posibilidad de invitar a expertos compañeros de la vida universitaria, que en absoluto desprecian el ejercicio de su criterio crítico en la prensa, a que reflexionaran

---

<sup>1</sup> *Teoría, crítica e historias literarias españolas. Bibliografía sobre aspectos generales (1939-1992)*, Sevilla, Alfar, 1993.

Para don Francisco Ayala

Cuadernos de Comunicación, 14

Director de la Colección: Manuel Ángel Vázquez Medel

© Antonio Chicharro Chamorro (ed.)

© Ediciones Alfar, S.A.

P.J. "La Chaparilla", parc. 36

Ctra. Sevilla-Málaga, km. 3

41016 Sevilla

Fotocomposición y maquetación: Equipo Alfar

I.S.B.N.: 84-7898-112-8

Dep. Leg.: 315 - 96

Imprime: J. de Haro - Sevilla

## INTRODUCCIÓN

Tras muchas lecturas de artículos críticos y de críticas sobre la crítica, con objeto de la preparación de un libro bibliográfico<sup>1</sup>, y tras la experiencia vivida en directo contacto con una situación histórica de nítidos perfiles mercantilistas, de inaceptable descrédito de las humanidades en consecuencia y de alta concentración cuasi monopolista de los medios de comunicación, pude tomar conciencia del especial momento en que se encontraba, y encuentra, el discurso de la crítica inmediata en nuestro país. Por esta razón, pensé en la posibilidad de invitar a expertos compañeros de la vida universitaria, que en absoluto desprecian el ejercicio de su criterio crítico en la prensa, a que reflexionaran

---

<sup>1</sup> *Teoría, crítica e historias literarias españolas. Bibliografía sobre aspectos generales (1939-1992)*, Sevilla, Alfar, 1993.

en alta voz y con la brevedad lógica sobre la crítica literaria que habitualmente aparece en ella. Todos ellos aceptaron amablemente mi invitación, así como el periodista Juan Vellido, coordinador del suplemento *Artes y Letras* de *Ideal*, prestó las páginas de dicho suplemento para hacer públicos los resultados de este envolvente discurso crítico sobre la crítica. Así pues, aparecían dichos artículos en el número 61 del suplemento en cuestión, correspondiente al 4 de abril de 1992.

Pero la efímera vida de las amarillentas hojas de papel del periódico y la machacona permanencia de la situación antes referida, junto al ofrecimiento del profesor Vázquez Medel, aconsejan ahora su publicación de nuevo en este soporte de mayor proyección temporal. Este es el motivo de ofrecer al ignoto mundo de los lectores los artículos de, por orden alfabético, José María Pozuelo Yvancos, Antonio Sánchez Trigueros, Ricardo Senabre, Darío Villanueva y Sultana Wahnón, así como uno escrito por mí.

José María Pozuelo, catedrático de Teoría de la Literatura de la Universidad de Murcia, crítico del desaparecido diario *El Sol* y colaborador habitual de la prensa

murciana, ofrece en “Dos tiempos incomunicables” una aguda reflexión sobre el estado presente de la crítica literaria periodística, sometida a los mismos cambios del periodismo, esto es, una crítica sometida al libro en cuanto acontecimiento u objeto noticiable, que convierte las páginas de los suplementos en escaparates de muy corta vida y no en el soporte de una crítica que, sin prisas, se elabora a partir de una concepción más abierta de la cultura, menos fungible.

Muy interesado por el complejo mundo del teatro, el profesor Antonio Sánchez Trigueros, catedrático de Teoría de la Literatura de la Universidad de Granada, se ocupa en “La crítica teatral en España” de criticar el estado en que se encuentra la misma, pues se trata de una crítica tan de corta proyección como inadaptada a los cambios teatrales —en sentido lato— contemporáneos por prevalecer en los críticos su clasicista atención al texto o por ser ejercida por críticos circunstanciales de escasa preparación. Existe, además, una ausencia de tradición crítica al carecerse de una tradición inspirada en el teatro como espectáculo.

“La crítica inmediata” titula Ricardo Senabre, catedrático de Teoría de la Literatura de la Universidad de

Salamanca y crítico del *Suplemento Cultural* de ABC, su artículo en el que comienza refiriéndose al *Diario de los Literatos de España* por constituir el embrión de la crítica periodística más urgente que, llamada por muchos crítica militante, él denomina crítica inmediata, cuya función es ofrecer una selección de lo más representativo y una orientación valorativa, a pesar de lo que al respecto plantee cierta crítica académica, a la que le resulta imposible cumplir la importante función social que desempeña la inmediata, por lo que no debe actuar el crítico con frivolidad o malevolencia.

Catedrático de Teoría de la Literatura de la Universidad de Santiago de Compostela y también crítico que frecuenta las páginas del *Suplemento Cultural* de ABC, Darío Villanueva justifica y fundamenta en "Crítica pública y crítica universitaria" la necesidad de que los intelectuales colaboren habitualmente en los medios periodísticos practicando una crítica *pública*. La frontera entre ambos tipos de crítica se está difuminando en España cada vez más, perdurando la actitud desautorizadora del escritor hacia el crítico, de lo que ofrece ejemplos.

En “Periodismo y escritura”, Sultana Wahnón, profesora titular de Teoría de la Literatura de la Universidad de Granada, contrapone desde la perspectiva del profesor universitario que se debe a la ciencia literaria la noble función terapéutica que la crítica periodística tiene al constituir un discurso subjetivo, valorativo, etc., lo que es otra dimensión de la cuestión central que nos ocupa.

Finalmente, yo mismo tuve la oportunidad de reflexionar en el expresivamente titulado artículo “Alto y claro o contra el silencio crítico literario” sobre las causas del estado acrítico de la crítica literaria actual, esto es, tuve la oportunidad de reflexionar acerca del silencio crítico o acto crítico devaluado o privado de la supuesta eficacia originaria. Expongo la necesidad de evitar la encubierta desaparición de la crítica, pues sin la fuerza de la razón crítica no es posible incidir en un amplio frente de crítica de la cultura, cultura que tiende a ser monopolizada.

Para terminar, deseo mostrar mi agradecimiento a todas las personas citadas por haber hecho posible la publicación que el lector tiene en sus manos, publicación que persigue abiertamente tensar el arco de la

preocupación por este discurso crítico que en sus orígenes dieciochescos sentó las bases ideológicas de la modernidad y sembró la semilla de la crítica de la crítica.

A.Ch.Ch.

Granada, julio de 1995.

**ALTO Y CLARO**  
**O**  
**CONTRA EL SILENCIO CRÍTICO LITERARIO**

Antonio Chicharro Chamorro

De un tiempo a esta parte, viene hablándose de un tipo de silencio crítico literario que no es mero signo de ocultamiento, sino que supone una devaluación del acto crítico ejercido, con sus excepciones, en la prensa; una devaluación de su función social originaria, de la que en el siglo XVIII se tenía clara conciencia:

A la crítica —dice el abate don Juan Andrés— pueden pertenecer las gazetas y diarios, que anunciando al público las obras literarias que van saliendo á luz, se erigen en jueces, y quieren proferir sentencias decisivas sobre su mérito...

Si esta es, pues, la más sobresaliente función de la crítica periodística desde entonces, parece que la misma se ha limitado estrechamente hoy, lo que está llevándonos a una situación de apagón crítico que alcanza a otros frentes de la vida social. No otra cosa afirmaba el escritor Manuel Vázquez Montalbán hace unos meses (“La ley del silencio”, *El País*, 6 de abril de 1991):

Desde el asfixiante centrismo que está guiando la inculcación de verdades públicas y privadas en el aparente supermercado de nuestras sabidurías convencionales, se trabaja por el electroencefalograma plano de una sociedad sometida a la dictadura de una democracia estadística o de una democracia totalitaria, en afortunada expresión de Eugenio Trías.

Pero esta situación no afecta sólo a nuestro país. Parece darse también en otros países europeos. No otra cosa se deduce de la lectura de un artículo ofrecido hace justo un año por *Diario16*. Este periódico daba parcialmente un texto de Hans Magnus Enzensberger, escrito al calor de la situación alemana y publicado en Zurich, en 1986, en *Neue Zürcher Zeitung*. El artículo

comienza de manera sorprendente, al formular la pregunta “¿Desde cuando ya no existen [los críticos]?” y al denunciar públicamente la probable desaparición de una figura social surgida con la burguesía para cuya sociedad resultaba un asunto vital la discusión pública de normas culturales. Los críticos, seres ya míticos, han abandonado el escenario de la sociedad porque ya nadie tiene necesidad de ellos, siendo sustituidos, con la pasividad cómplice de los escritores, por pedagogos y agentes de circulación. De su lectura deducimos que sin consumo no hay producción crítica y dialécticamente sin producción crítica no hay consumo, lo que plantea la necesidad de crear un público *crítico* y no un mero comprador de libros por su grado de fama o cuota de imagen o de pantalla.

En fin, parece que soplan malos vientos para la crítica, según decía también, y con razón, Conte en el “Primer Encuentro Nacional de Crítica Literaria”, celebrado en 1987. Estos malos vientos provienen de la imposición de criterios mercantiles, de la existencia de un modelo democrático viciado, lo que termina abocando al silencio. Malos vientos, asimismo, cuando los medios se convierten en los fines, esto es, cuando las

páginas o suplementos literarios de los periódicos se pliegan a la ley del gran público que somete a su vez a dichos medios a un proceso de fetichización, lo que termina desvirtuando el acto crítico al someterlo al juego del poder del mercado y del mercado del poder.

Ni que decir tiene que, aunque podríamos seguir ofreciendo nuevos razonamientos, los expuestos hasta este momento nos sirven para percatarnos de la conciencia existente acerca de la crítica literaria periodística practicada en nuestro país como un discurso abocado al silencio, esto es, como un discurso que a pesar de hablar termina por no decir: un discurso devaluado o privado de su supuesta eficacia originaria, lo que, dada la relación de fuerzas sociales en este momento histórico de capitalismo “postindustrial”, parece alcanzar una clara justificación.

En cualquier caso, efectuado el global reconocimiento de la situación actual, se está haciendo necesario proceder a la reconstrucción racional del modo de operar de ese extendido conjunto de prácticas de intermediación escasamente crítica por cuanto su conocimiento concreto resulta muy necesario para contribuir a evitar la ley del silencio, la ley del mercado que

## *Alto y claro o contra el silencio crítico literario*

no habla, y por tanto la situación actual tendente al apagón crítico. Todo ello en un momento histórico de fuerte concentración de poder que afecta a la producción de la información y de la cultura.

Si la crítica en tanto que práctica e institución social surgió para atender, producir y reproducir necesidades básicas que se querían dominantes en el tejido de la vida social, en el proceso de implantación del modo de producción capitalista y en el de creación de un mercado y público literarios, esto no quiere decir que, por encontrarse dicho proceso en un momento de autosuficiencia, poder y escaso riesgo, se tolere su encubierta desaparición, pues sin la fuerza de la razón crítica no es posible la crítica de la crítica y otros consecuentes saltos cualitativos. Sin esta fuerza, puesto que hablamos de un discurso de intervención social inmediata, no se podrá incidir en lo que debe ser un amplio frente de crítica de la cultura y de profundización democrática en todos los niveles sociales. Se está haciendo necesario responder al reto de evitar una sociedad monopolizada y generadora de un discurso único. Se está haciendo ahora más necesario que nunca hablar alto y claro.



## DOS TIEMPOS INCOMUNICABLES

José María Pozuelo Yvancos

o Cuando pensamos las relaciones entre el periodismo y la crítica literaria nos sentimos abocados a una forma de anacronismo sentimentalmente arqueológico que convocaría la gran edad de una relación pretérita, cuando en el siglo XIX Galdós, Clarín, Pardo Bazán, Stendhal o Zola participaron en la actividad crítica. Los ecos de esa red llegaron a la primera mitad del siglo con los artículos de Ortega, de Díez-Canedo, de Gómez de la Serna. Periodismo y Literatura anduvieron hermanados un tiempo y proporcionó a ambos zonas de común reconocimiento. Ese tiempo es ido y cualquier intento de resurrección parece baldío y no como suele decirse por la falta de plumas de idéntica significación o de gran altura. Las tienen hoy algunos

grandes periódicos y bastará en el que hoy nos acoge por muchas proximidades, referirse a la intensa y cualificada actividad de colaborador periodístico de Francisco Ayala. Pero tales plumas no suelen hacer crítica literaria. Salvo rarísimas excepciones, la crítica literaria especializada en un periódico tanto geográficamente (relegada a los suplementos semanales de libros), como personalmente (encomendada muchas veces a especialistas en reseñas que tienen un compromiso temporal asignado semanal o quincenal), considero que pueden extraerse consecuentes reflexiones de ambas especializaciones: la espacial-temporal del suplemento semanal dedicado a libros, como del especialista obligado a reseñas rápidas. Y esa reflexión conectará con lo que dije: aquella antigua relación de periodismo y crítica, en las formas señeras apuntadas, terminó porque ha cambiado definitivamente el sentido del tiempo, se ha modificado tanto la temporalidad, como, con ella, el horizonte semántico y pragmático de la comunicación periodística.

En efecto, el Periodismo por haber dejado de ser exclusivo del medio escrito y gozar de mayores recepciones audiovisuales, aunque conserve todavía para el

## *Dos tiempos incommunicables*

periódico un leve rasgo de distintividad, ha acabado sucumbiendo al cambio de temporalidad y al acento del medio audiovisual. El paso de la revista a diario supuso una noble metamorfosis del medio escrito hasta la preponderancia de la iniciativa y el acontecimiento sobre cualquier otra comunicación. El lector espera del periódico obtener sobre todo información y las reflexiones que los artículos de fondo incorporan son subsidiarias de ese carácter, versan sobre los acontecimientos de actualidad. He subrayado el término porque entiendo que es el tema que implica una profunda revisión del horizonte comunicativo del periódico y anuncia su entrega al triunfo decisivo de los tiempos rápidos de la vida contemporánea.

Y la crítica literaria, no podía ser de otro modo, ha sufrido idéntica metamorfosis. La esfera de lo noticiable ha impuesto su ley: de un libro, lo más importante, por encima de cualquier otra consideración, es ser o no ser acontecimiento y poder dar cuenta de él en folio y medio. El periódico de hoy ofrece los libros fundamentalmente como noticias, como ocurrencias en un tiempo decididamente presente. Ni hay libros pasados, ni el libro objeto de reseña, ni la reseña misma, perdu-

ran por encima de tal inmediatez. Se ha sustituido la historia de un suceder, el cultural, que es por su propia naturaleza postergable y dilatado en el tiempo, por la crítica puntual de un acontecer. Me atrevería a decir incluso que los libros presentes en tales suplementos críticos no están allí para ser legibles, sino para ser noticiables, incluso más la nueva cultura del tiempo, que impone lo efímero y lo sujeta a su tozuda inmediatez, impone también que la reseña no sea con frecuencia leída con detalle y cuidado, es simplemente hojeada, en lectura a saltos, a la búsqueda visualizadora precisamente de lo realmente importante, haber sido hecha en tanto el libro es noticia. Tampoco sobrepasa la vigencia de unas horas. También la crítica es, como el acontecimiento diario, como la actualidad lo es, fungible.

Y el tiempo fungible, que flexibiliza la relación entre el lector del periódico y la crítica literaria, llena los suplementos de libros de una molesta sobreabundancia, de una sobrecarga informativa, donde todo tiene que estar porque para todos es. Cuando la crítica literaria se sumerge en la esfera de lo momentáneo refulge un solo instante y cede su posible distintividad

## *Dos tiempos incommunicables*

al difícil hermanamiento de dos escrituras que las necesidades cotidianas han fundido en un abrazo imposible. El tiempo del placer de leer y del juicio saboreado ha sucumbido al tiempo más nuestro, el de la prisa que acaba convirtiendo en información todo cuanto toca. La crítica literaria del periodismo de hoy es análoga al escaparate que miran de soslayo transeúntes apresurados. En el interior del escaparate hay libros.

Si bien se puede afirmar con todo rigor que la crítica literaria en los diarios españoles tiene una larga historia apenas interrumpida, en la que, con todas las polémicas que se quiera, ha estado a la altura de los movimientos literarios contemporáneos, con los que ha dialogado o a los que ha apoyado desde la militancia, no se podría decir lo mismo de la crítica teatral que se ha ejercido y se ejerce desde las columnas de la prensa diaria.

Este tipo de crítica teatral, salvo contadas excepciones cuya función ha sido casi nula entre el público, no ha estado a la altura de los cambios que ha sufrido el teatro desde la revolución naturalista. En unos casos, porque el crítico, aun el especialista, se ha mantenido

↓ En el momento de la transformación de las escrituras que las nuevas tecnologías han permitido en un espacio tan limitado como el tiempo del lector y del crítico, se ha producido un cambio en el tiempo más nuevo, el de la crítica, que se convierte en información todo como los demás. La crítica literaria del periódico hoy es un género de escape que busca en sus transacciones inmediatas imponer en el interior del escape una inmediatez, impone también que la reseña no sea con frecuencia leída con detalle y cuidado, es simplemente hojeda, en lectura a saltos, a la búsqueda visualizadora precisamente de lo realmente importante, haber sido hecha en tanto el libro es noticia. Tampoco sobrepasa la vigencia de unas horas. También la crítica es, como el acontecimiento diario, como la actualidad lo es, fugible.

Y el tiempo fugible, que flexibiliza la relación entre el lector del periódico y la crítica literaria, llena los suplementos de libros de una molesta sobreabundancia, de una sobrecarga informativa, donde todo tiene que estar porque para todos es. Cuando la crítica literaria se sumerge en la esfera de lo momentáneo resplandece un solo instante y cede su posible distintividad

## LA CRÍTICA TEATRAL EN ESPAÑA

Antonio Sánchez Trigueros

Si bien se puede afirmar con todo rigor que la crítica literaria en los diarios españoles tiene una larga historia apenas interrumpida, en la que, con todas las polémicas que se quiera, ha estado a la altura de los movimientos literarios contemporáneos, con los que ha dialogado o a los que ha apoyado desde la militancia, no se podría decir lo mismo de la crítica teatral que se ha ejercido y se ejerce desde las columnas de la prensa diaria.

Este tipo de crítica teatral, salvo contadas excepciones cuya función ha sido casi nula entre el público, no ha estado a la altura de los cambios que ha sufrido el teatro desde la revolución naturalista. En unos casos, porque el crítico, aun el especialista, se ha mantenido

anclado en unos criterios clasicistas, a menudo disfrazados, más apegados al texto que a una concepción del teatro como espectáculo, y en otros, porque las labores críticas han sido encomendadas con toda consciencia a aves de paso o críticos circunstanciales que, con nula preparación en el tema, no saben hacer sino crónicas destinadas al rincón de las gacetillas más superficiales con leves apuntaciones críticas de filiación realista.

Claro que el problema de la crítica teatral en España no está en estos últimos sino en los primeros, que son los que marcan la pauta que en los segundos se presenta degradada. Pero, de todas maneras, la razón de este estado de cosas se sitúa, como siempre, más allá del presente inmediato, porque, aunque es evidente que la actividad crítica existe (y en casos aislados brillante), me resulta más evidente que lo que no existe ni ha existido nunca en España es una tradición crítica construida paralelamente a la evolución del arte teatral, una vez superado el romanticismo.

¿Y cuál sería, a su vez, la razón de esa ausencia de tradición crítica a que aludimos? Creo que la razón está en que, más allá de la vitalidad del teatro español del siglo XX, no se ha construido una tradición teatral

moderna, una tradición inspirada en la concepción del teatro como espectáculo que evoluciona y se enriquece. Sencillamente en España no se ha producido la renovación del teatro moderno que en el resto de Europa comenzó alrededor de 1880 con Antoine, Stanislavski y Copeau, entre otros. De todo esto, en nuestra historia teatral sólo ha habido ecos momentáneos y discontinuos o enormemente tardíos, como es el caso paradigmático del método naturalista, que de una forma sistemática y rigurosa no es conocido en España hasta hace treinta años y gracias al norteamericano William Layton. Entre nosotros ha habido, sí, una brillante tradición textual moderna (Valle, Lorca, y después Arrabal, Nieva, Romero Esteo) que paradójicamente no ha conseguido convertirse sino en objeto de representación excepcional en nuestros escenarios, lo que determina que toda renovación que se intenta desde el mundo teatral o bien se construye sobre el vacío o bien se inspira con exclusividad en otros aires, con lo que me temo que la ausencia de tradición se perpetúe.

Habrà quien diga que cómo se puede hablar así cuando nosotros contamos con la mejor tradición tea-

tral europea: el teatro del Siglo de Oro. Indudable, pero es una tradición que ha debido renovarse, no quedarse anquilosada, como pura arqueología, y sobre todo no impedir con su conservadurismo que el espectáculo se transforme, porque al final también ella desaparece por la falta de vida nueva en su representación.

En una sociedad teatralmente muy conservadora la mayoría de los críticos no han sido sino el reflejo pasivo de ese horizonte. Tampoco se les podía pedir mucho más cuando un claro representante de la vanguardia artística, Federico García Lorca, prefería guardar celosamente sus obras más arriesgadas y entregar a los empresarios sus éxitos seguros. Una revolución burguesa siempre aplazada, una vanguardia que no luchó, como lo hizo en otros frentes, por un nuevo teatro y cuarenta años de dictadura, quizá expliquen definitivamente esa ausencia de tradición teatral moderna y por tanto la ausencia de una tradición crítica que sólo puede existir si existe aquella.

## LA CRÍTICA INMEDIATA

Ricardo Senabre

En el siglo XVIII, quienes idearon y sostuvieron una publicación tan importante como el *Diario de los literatos de España* habían determinado con claridad cuál debía ser la función de aquellos tomitos: tender puentes hacia Europa, recopilar información sobre libros españoles recientes y dar cuenta de otros publicados en los *reinos extranjeros*, procurar al menos que un puñado de españoles se mantuviera —como diría Ortega mucho después— a la altura de los tiempos. El *Diario de los literatos* no es una revista a la manera de las actuales; cada uno de sus volúmenes está constituido por un conjunto de reseñas variadas, concebidas con el propósito de dar a conocer sintéticamente lo más valioso de la cultura española del momento: cien-

cia, pensamiento, teología, medicina, literatura... La particular y temprana vocación periodística de aquella publicación se volcó en la crítica de carácter informativo: importaba reseñar cumplidamente las novedades y anular las limitaciones impuestas por el mortecino comercio español de libros. Sin saberlo, los redactores del *Diario de los literatos* estaban sentando algunas de las bases de la vida intelectual moderna.

Allí hubo un embrión, y es de justicia reconocerlo aunque la situación haya cambiado en algunos aspectos. Hoy, el periódico es el soporte de la más urgente crítica literaria, esa que algunos denominan —con giro belicista poco afortunado— *crítica militante* y que sería preferible llamar crítica inmediata. Pero su función esencial no es ya tanto informar de cuanto se edita —inabarcable volumen de volúmenes— como ofrecer una selección de lo más representativo y una orientación. La crítica se convierte en algo inevitablemente sintético y valorativo. Muchos teóricos de la literatura y no pocos cultivadores de la crítica académica señalarán con el dedo ese carácter valorativo para excluir la crítica literaria inmediata de la lista de actividades *serias* que un periódico puede cobijar, por entender que

## *La crítica inmediata*

el ejercicio crítico, cualquiera que sea su alcance, consiste en un análisis reflexivo de la obra, de sus contenidos y de su composición, pero debe renunciar a todo juicio de valor. Es fácil postular esta renuncia por parte de una crítica que suele operar sobre autores y obras que forman ya parte de la historia literaria y cuyo valor, por consiguiente, no se discute. La crítica académica, resuelta en artículos de revistas especializadas, en monografías, en tesis doctorales, no suele aplicarse a obras recientes y de repercusión todavía incierta; puede, así, intentar —aunque es dudoso que lo consiga plenamente— excluir de sus páginas todo atisbo de valoración y encerrarse en el ámbito del puro análisis de formas, construcciones, artificios.

Es necesaria la existencia de esta modalidad crítica; ayuda a profundizar en la interpretación de los textos y a enriquecer nuestro conocimiento. No cumple, en cambio, la importantísima función social de orientar al lector en medio de la selva de títulos nuevos que cada mes inunda los escaparates. Esta necesaria tarea, esta misión de filtro razonador, es la que cumple la crítica literaria de los periódicos. Y no podía ser de otro modo. En nuestro siglo, el periódico se ha convertido

en el mecanismo noticiero más completo que existe. La rapidez de su confección, la distribución espacial de secciones, que permite localizar las que interesan sin pérdida de tiempo, y la variedad de productos que puede albergar —incluida la creación literaria y artística— hacen de él un instrumento sin parangón posible. Resulta escalofriante pensar en el número de lectores interesados a los que puede llegar una reseña crítica publicada en sus páginas; ningún profesor tuvo jamás tantos alumnos, ninguna monografía académica llegó a tantas manos. No es fácil hacerse cargo de la responsabilidad que supone orientar a tantos aficionados, aconsejarles que lean un determinado libro —o disuadirles de hacerlo—, insinuarles cuál es su posible sentido y cuáles sus valores o sus defectos esenciales. La importancia de la crítica inmediata crece en función del número probable de destinatarios a que afecta, difícil de precisar pero siempre elevadísimo. Y sería imperdonable que el crítico actuase con frivolidad o con malevolencia. Por respeto a los demás y a sí mismo, debe hacer las cosas lo mejor posible. De lo contrario, es preferible no hacerlas. La crítica académica no es orientadora del gusto; la crítica inmediata, periodística,

### *La crítica inmediata*

lo es inevitablemente. Con sus juicios y sus silencios ayuda a constituir el grado de estima que alcanzan las obras y sus autores y que cristaliza finalmente en la escala de valores de la historia literaria; es decir, en algo que se transmite mediante la enseñanza y apenas sufre alteraciones durante siglos. Se trata, pues, de una tarea que se proyecta hacia nuestro futuro. No minimicemos su importancia.



## CRÍTICA PÚBLICA Y CRÍTICA UNIVERSITARIA

Darío Villanueva

René Wellek y Austin Warren, los autores de un manual clásico de Teoría Literaria traducido por vez primera a otra lengua en 1953 por decisión de un gran crítico creador, Dámaso Alonso, justificaban lo armónico de su colaboración mutua pese al origen y formación símiles de ambos mediante dos convicciones compartidas: la de que *investigación* y *crítica* son compatibles y su negativa a distinguir tajantemente entre literatura contemporánea y literatura pretérita. Precisamente la presencia de esos mismos debates en los medios universitarios españoles y, en general, del hispanismo internacional ha dado lugar a la existencia en los últimos lustros de una verdadera legión de críticos

cuya actividad incide de forma directa sobre la creación literaria rigurosamente contemporánea.

Asimismo se percibe un cambio de actitud con relación a otra de las manifestaciones del rechazo académico hacia lo contemporáneo. Me refiero al desinterés en tales medios por el ejercicio de la lectura crítica de creaciones recientes en las páginas de la prensa periódica, prejuicio sumamente dañino para el funcionamiento correcto del sistema literario y simplemente absurdo en un país en el que la época cultural más brillante de su siglo XX se fundamentó en gran medida en la apertura de los intelectuales más rigurosos a la colaboración habitual en los periódicos, forma idónea de acercamiento de la minoría más culta y creativa a la colectividad.

En este sentido hoy por hoy se difumina cada vez más en España la frontera entre lo que Northrop Frye denomina “crítica pública”, la que tiene su palestra en los medios de comunicación de masas, y la propiamente académica. Los suplementos de letras que los más importantes periódicos de Madrid, Barcelona y otras capitales mantienen, acogen en sus páginas colaboraciones de críticos universitarios, sin que esto sig-

nifique en modo alguno la extinción del crítico independiente ni de la crítica realizada por los propios creadores o por profesionales del periodismo. Es, probablemente, la única forma de llegar a establecer contacto con el público en este período de nuestra historia reciente que contempló la sorprendente paradoja de que las publicaciones periódicas de crítica y pensamiento más influyentes en el final del franquismo –*Cuadernos para el diálogo*, *Triunfo*, por no hablar incluso de *Papeles de Son Armadans*, cuya estela persigue en Mallorca la revista *Bitzoc*– desaparecían en democracia.

Perdura, con todo, la actitud desautorizadora del escritor hacia el crítico, junto al intento de su domesticación en el sentido ya proverbial (cada escritor con su crítico de cabecera). De tal forma que si Camilo José Cela define el tipo *weberiano* característico de la fauna que titula “Glosadores, comentaristas y demás ralea” (*El País*, 10-V-1984) como “un personaje a la caza del elogio vergonzante o de la anécdota pretendidamente descalificadora, que aprendió del periodismo que embiste aquello que no es sino agresión gratuita y horra de cualquier interés informativo”, otro novelista de las

últimas promociones, Juan José Millás (“Ella no estaba en el congreso”, *El País*, 19-VI-1988) clasifica en clave irónica a los aristarcos en los siguientes cuatro apartados: el escritor frustrado, el ensayista frustrado, el profesor casposo y el crítico que todo novelista lleva dentro. Bien es cierto que su aportación concluye especularmente con una taxonomía homóloga para los novelistas, en la línea de una *boutade* de Juan Benet que ya diera mucho que hablar anteriormente. El paroxismo de tal actitud se encuentra en afirmaciones como la de otro novelista de los más jóvenes, que en una bizarra entrevista de *El Independiente* (19-IX-1987) –encabezada por este titular a cuatro columnas “No hay críticos para esclarecer el panorama literario”– afirma:

Yo me paso por el forro del sobaco todo lo que dicen los críticos. He comprobado de forma fehaciente que no entienden nada. Pero no es que no entiendan la función que cumple una novela o determinada obra, es que no saben de lo que se está tratando.

Vistas las cosas como Gándara, nada más lógico que el otrora jardín crítico se figure convertido en una es-

últimas promociones, Juan José Millás (“Ella no estaba en el congreso”, *El País*, 19-VI-1988) clasifica en clave irónica a los aristarcos en los siguientes cuatro apartados: el escritor frustrado, el ensayista frustrado, el profesor casposo y el crítico que todo novelista lleva dentro. Bien es cierto que su aportación concluye especularmente con una taxonomía homóloga para los novelistas, en la línea de una *boutade* de Juan Benet que ya diera mucho que hablar anteriormente. El paroxismo de tal actitud se encuentra en afirmaciones como la de otro novelista de los más jóvenes, que en una bizarra entrevista de *El Independiente* (19-IX-1987) –encabezada por este titular a cuatro columnas “No hay críticos para esclarecer el panorama literario”– afirma:

Yo me paso por el forro del sobaco todo lo que dicen los críticos. He comprobado de forma fehaciente que no entienden nada. Pero no es que no entiendan la función que cumple una novela o determinada obra, es que no saben de lo que se está tratando.

Vistas las cosas como Gándara, nada más lógico que el otrora jardín crítico se figure convertido en una es-

pecie de terreno bajo, inculto y lleno de maleza. Muy larga es la distancia que separa, no obstante, este diagnóstico de la realidad, cuando por razones antes apuntadas la labilidad entre crítica pública y crítica académica es muy elevada y el rigor conceptual que la teoría literaria aporta al ejercicio analítico y valorativo es reconocido por todos, sin que por ello haya prendido entre nosotros la logomaquia de la de construcción, muy probablemente por la razón apuntada por Claudio Guillen en su último libro:

¿A qué desmontar nuestros textos literarios, cuando, lejos de ser la Literatura una poderosa institución como en Francia, entre nosotros ha sobrevivido a trancas y barrancas?

Véanse si no las autorizadas opiniones que, a la sombra de T. S. Eliot, otro de nuestros suplementos más leídos, el *ABC Literario* (14-VII-1990), ha reunido en torno al tema *crítica de la crítica*. O el ponderado artículo de Javier Marías, “Añoranzas del árbitro” (*El País*, 1-II-1990), en donde, no sin razón, lamenta la inexistencia hoy por hoy en España de un crítica capaz de ocupar “el puesto del árbitro... vacante desde

hace tiempo”, en la estela de lo que Steiner representa en el Reino Unido, Arbasino en Italia, Gore Vidal en EEUU o Patrick Maurés en Francia, vacío considerablemente agrandado por la muerte a principios de 1991 de Ricardo Gullón.

¿A qué desmoronar nuestros textos literarios, cuando lejos de ser la Literatura una poderosa institución como en Francia, entre nosotros ha sobrevivido a trancas y barrancas?

Véanse si no las autorizadas opiniones que, a la sombra de T. S. Eliot, otro de nuestros suplementos más leídos, el ABC Literario (14-VII-1990), ha reunido en torno al tema crítica de la crítica. O el ponderado artículo de Javier Marías, “Añoranzas del árbitro” (El País, 1-II-1990), en donde, no sin razón, lamenta la inexistencia hoy por hoy en España de un crítico capaz de ocupar “el puesto del árbitro... vacante desde

## PERIODISMO Y ESCRITURA

Sultana Wahnón

Además de su función de incitadora al consumo de novedades editoriales, tan alejada —dicho sea de paso— de la de creadora y difusora de valores literarios que le correspondió en el siglo XIX, la crítica periodística cumple hoy, al menos, una noble función terapéutica cuando el que la practica es un crítico universitario. Este sujeto, comúnmente escindido entre su condición de profesor y la de lector y amante de la literatura, y al que la sociedad no parece dispuesta a conceder la felicidad de que se tenga necesidad de él y de su pasión por la literatura, encuentra en el ejercicio de la crítica periodística hartos consuelos a sus males presentes —todos ellos derivados de su existencia académica. Pues si la Universidad es, en apariencia, el lugar que da acogi-

da al rebelde que ha osado elegir el saber inútil de la literatura en un mundo regido por el saber útil y la producción de mercancías, también es la que parece haber recibido de ese mundo el encargo de encauzarlo por la senda del bien, obligándolo periódicamente a dar cuenta de su pasión ante el tribunal de la ley de discurso científico. Sometiéndolo a las convenciones del todopoderoso discurso de la ciencia —el rigor y la precisión terminológica, el control del método, la neutralidad valorativa, etc.—, las instituciones universitarias consiguen que aquel individuo que había optado por las letras —por las reglas del discurso literario— se convierta, *velis nolis*, en un abanderado de la causa de la ciencia a la que finalmente, después de tanta resistencia infantil, acaba rindiendo la pleitesía debida. Ningún ejemplo más elocuente de esta claudicación que ese cada vez más frecuente género metateórico que, nacido al abrigo de la reflexión sobre la literatura, encuentra en ella el pretexto para meditar sólo sobre su antagonista, la ciencia.

En esta circunstancia, la crítica periodística es hoy el único discurso que permite al frustrado profesor de literatura el capricho de leer y escribir al que quiso

consagrar su vida. Liberándose del imaginario científico que constriñe su escritura, el sujeto —que sigue amando en secreto a la literatura— arroja el tema a lo largo del blanco de la página y, desbordando el discurso normal de la investigación, pone en escena a un ser felizmente subjetivo, serenamente impreciso y gozosamente anecdótico. Renunciando coyunturalmente a su papel como miembro privilegiado de una casta de sabios cuyo dios es la abstracción científica, el crítico académico asume ahora la forma de actuación propia de los espíritus mundanos que se niegan a enredarse con preceptos, que toman como juez a su propio placer y que se interesan por los mil y un ínfimos matices que constituyen el *no sé qué* de la obra. El placer de la lectura toma cuerpo en las breves páginas del texto periodístico, aunque al llegar al aula su autor se vea obligado a reprimir, con mano dura y en nombre de la ley, el subversivo deseo de la escritura que escucha latir en los corazones de sus alumnos, a los que él también enseñará cómo ser científicos a pesar suyo.

consentir en vista de los límites del imaginario crítico  
de una crítica que se esgrime en un sujeto que no  
está en secreto y la literatura es un objeto de  
largo del blanco de la crítica y de la crítica de  
so normal de la crítica. Pero en cuanto a un  
talmente subjetivo, necesariamente implicando  
governante, necesariamente implicando  
mente a su papel como miembro privilegiado de  
esta de espaldas a la crítica. La crítica de  
el crítico académico es una cosa la forma de  
ción propia de los espíritus mundanos que se  
conduce con paciencia y rigor como si se  
propio plano, que se interesan por los y un  
mas veces que en la crítica de la crítica.  
El poder de la crítica toma cuerpo en la crítica de  
de la crítica periodística, aunque al llegar al  
supra se ve obligado a renunciar con mano dura y  
nada de la ley de supervivencia de la crítica  
que es una ley en los tiempos de la crítica  
los que él también enseñará como ser crítico.

En esta circunstancia, la crítica periodística es  
el único discurso que permite al frustrado profesor de  
literatura el capricho de leer y escribir al que quizá

## ÍNDICE

	Pág.
Introducción	9
<i>Alto y claro o contra el silencio crítico literario</i> Antonio Chicharro Chamorro	15
<i>Dos tiempos incommunicables</i> José María Pozuelo Yvancos	21
<i>La crítica teatral en España</i> Antonio Sánchez Trigueros	27
<i>La crítica inmediata</i> Ricardo Senabre	31
<i>Crítica pública y crítica universitaria</i> Darío Villanueva	37
<i>Periodismo y escritura</i> Sultana Wahnón	43





ISBN 84-7898-112-8



9 788478 981120



Universidad de Sevilla



ediciones  
**ALFAR**